

JUAN PABLO II Y EL CONFLICTO SALVADOREÑO

Con fecha 6 de Agosto de 1982 el Papa Juan Pablo II ha dirigido un importante escrito a los Obispos de El Salvador sobre el conflicto salvadoreño. El 6 de Agosto era también el día ~~de~~ elegido por Monseñor Romero para la publicación de sus últimas Cartas Pastorales. La coincidencia de fechas, en el día que se celebra litúrgica y nacionalmente la Transfiguración del Señor, tiene su importancia. Como Monseñor Romero el Papa se ha atrevido -esa es la palabra justa- a tomar el conflicto que aflige a los salvadoreños en su más concreta realidad como tema central de su reflexión y de su preocupación. La autoridad máxima de la Iglesia Católica se ha enfrentado con el problema y la crisis actual de El Salvador con una extensión, profundidad y compromiso personal, que distan mucho de ser los usuales en documentos pontificios y que no han dejado de sorprender a cristianos y no cristianos en nuestro país.

No hay por qué negar que muchos cristianos y hombres de buena voluntad, fuera y dentro de nuestras fronteras, estaban un tanto defraudados por la dedicación aparentemente y relativamente escasa de Juan Pablo II a los tremendos dolores que en estos últimos dos años y medio se han abatido sobre el pueblo de El Salvador, hasta convertir a nuestro país en centro de interés internacional. Se veía con cierto desaliento que el Papa ponía menor atención a la tragedia de nuestro pueblo que a la de otros sucesos como los de Polonia o los de las Malvinas, a pesar de que esa tragedia era incomparablemente más sangrienta, más injusta, más relacionada con el evangelio y con la fe, más merecedora de una palabra de denuncia y de aliento. Es verdad que desde el 26 de Marzo de 1980, cuando Juan Pablo II se lamentó del asesinato de Monseñor Romero ~~no había hablado públicamente~~ había hablado públicamente sobre el martirio de El Salvador al menos en seis ocasiones. Pero ahora lo ha hecho de forma distinta. El Papa ha hablado por fin con una fuerza, una claridad y una concreción inusitadas. Hoy podemos entender que se haya tomado un largo tiempo para enterarse bien, para sopesar las distintas soluciones puestas en marcha, para formarse un juicio personal no precipitado ni mediatizado. De ahí que sus palabras tengan



hoy una fuerza que no la hubieran tenido antes. Han corrido muchos acontecimientos y también ha avanzado la reflexión del Papa sobre ellos.

Por la autoridad de quien ha escrito esta nueva reflexión sobre El Salvador, por la importancia intrínseca de lo que en ella se dice, por la pertinencia que tiene para ayudar a resolver nuestros problemas, queremos en este Editorial desentrañar el texto que encontrará el lector en la Documentación de este número de ECA. Para los católicos, la mayoría de El Salvador, es una palabra doblemente autorizada por venir de quien viene; para los no católicos es un documento digno de reflexión.

1. La importancia del documento papal

La importancia del mensaje papal al Episcopado salvadoreño radica en la profundidad del compromiso personal, que se trasluce a lo largo de todos sus párrafos. No es un documento doctrinal abstracto en el que se repiten principios generales ya sabidos y aceptados o en el que se hacen recomendaciones meramente generales. Es un documento vivo en el que se habla de una realidad histórica concreta, sobre la que se da un juicio explícito y global y a la que se intenta poner solución y remedio. Es un documento valiente que se enfrenta con intereses nacionales e internacionales muy fuertes y que puede disgustar profundamente a los responsables nacionales y extranjeros. El Papa no ha tenido miedo de que esto ocurra, urgido por la necesidad de decir la verdad y de propiciar la paz, una paz fundada más en la verdad dicha públicamente que en la maniobra diplomática. Es algo que nos recuerda el modo de actuar de Monseñor Romero. El Papa ha preferido correr el riesgo de escandalizar a los poderosos con su palabra fuerte que el riesgo de escandalizar a los pobres y oprimidos con su silencio. El Papa ha puesto el dolor del pueblo por delante de las normas usuales en las cancillerías; ha puesto su misión de pastor y de profeta por delante de su gestión como administrador supremo de una institución; ha hablado como obispo universal a los obispos salvadoreños, ha hablado en nombre



de Jesús y, como el propio Jesús, ha sentido pesar por el dolor de las multitudes sin importarle mucho el enojo de los poderosos, de los "malhechores que devoran al pueblo como pan" (Salmo 14, 4).

De más está resaltar la transcendencia eclesial de esta palabra del Papa para los católicos salvadoreños: laicos, religiosos, sacerdotes y obispos. Ya no sería fácil evadirse diciendo que denuncias y propuestas concretas de acción son actividades políticas que no competen a la misión pastoral de la Iglesia; ni sería tampoco aceptable que la jerarquía eclesial emitiera juicios sobre la realidad nacional que disonaran de lo expuesto por el Sumo Pontífice. La Iglesia entera de El Salvador, y aun otras Iglesias hermanas, se verán obligadas a alinearse en un esfuerzo activo y arriesgado por traer la paz a El Salvador y por acabar con la militarización del conflicto.

Pero el documento no tiene sólo una transcendencia religiosa sino que la tiene también ética y política, dada la concreta y fuerte autoridad moral que tiene en el mundo actual este Papa que es Juan Pablo II, este Papa que ha hablado en tantos foros internacionales como una de las voces más escuchadas y respetadas por toda clase de gentes. Desde este punto de vista es posible que muchos líderes mundiales abran los ojos a la situación salvadoreña, de modo que se les haga más difícil contribuir a la militarización del conflicto y se les haga a otros más fácil el contribuir a la pacificación por la vía del diálogo y de la negociación.

No se puede evadir esta importancia diciendo que el Papa ha hablado precipitadamente o mal informado. Frases como "me doy perfecta cuenta", "me hago intérprete", etc., indican hasta qué punto se ha querido involucrar personalmente el Papa en el enjuiciamiento y solución del problema salvadoreño. El Papa se ha enfrentado con este problema después de laboriosas informaciones, de madura y prolongada reflexión y urgido por su misión de Pastor universal. Habla también como autoridad moral imparcial y ponderada, que ha medido pros y contras antes de salir a hablar en pú-



blico sobre tema tan comprometido y disputado precisamente en este momento, cuando las vías estrictamente militares y violentas se estancan o se prolongan excesivamente para mayor sufrimiento y destrucción de las mayorías populares.

Ni puede decirse tampoco que en esta ocasión el Papa se ha salido de su misión religiosa y se ha metido en política partidista. El propio Papa se ha esforzado en explicar por qué él, los obispos y los sacerdotes deben empeñarse en la labor aparentemente política y polémica de la pacificación. Las razones valen para creyentes y no creyentes. Los creyentes verán como la palabra evangélica se convierte en palabra histórica; los no creyentes de buena voluntad -y ahora vamos a ver quiénes son los de buena y los de mala voluntad- sospecharán que tras la palabra histórica hay un impulso trascendente, que supera la circunstancialidad histórica. El Papa recuerda en esta ocasión que es propio del Obispo ser "artífice de armonía, de paz y de reconciliación" no sólo en el ámbito de la Iglesia sino también en el de la comunidad nacional, porque los verdaderos pastores son "portadores de un mensaje de salvación que invita a la fraternidad y a la solidaridad humanas". Insiste el Papa en que el problema de El Salvador tiene una dimensión política pero tiene sobre todo una dimensión ética; insiste en que la Iglesia está a favor del hombre en toda su integridad y dignidad de modo que guarda y alimenta los verdaderos valores humanos; insiste en que tratándose de una acción predominantemente cristiana la Iglesia debe constituirse en fuerza moral ante la una cristiá que tiene fuerte relevancia moral. La razón última de todo ello es que la libertad y la dignidad de la persona humana se fundan sobre el doble aspecto del amor, el amor hacia Dios y hacia los hermanos. Más aún el Papa está convencido de que sólo un poderoso rearme moral, una vigorización de los valores evangélicos puede traer la paz, la libertad y la justicia no sólo a los individuos sino al pueblo entero; por eso los Obispos y sus colaboradores están "llamados a ser ~~minis~~ ministros y testigos de la obra de reconciliación en la perspectiva del ideal evangélico de la caridad, que Cristo propuso a sus seguidores y a todos los hombres" por ser el único que última y definitivamente



puede superar los enfrentamientos entre ellos.

No podrá, por tanto, decirse ya más que la Iglesia se sale de su cometido cuando se esfuerza en resolver el conflicto político, militar y social de El Salvador, y cuando intenta hacerlo superando el ámbito de la interioridad para abrirse al campo de lo estructural y público. El Papa lo ha hecho de modo explícito y lo ha hecho no como jefe de Estado o como autoridad suprema de una organización multinacional sino como Pastor y Obispo que escribe a Pastores y Obispos para decirles lo que deben hacer. Podrán los políticos hablar de ingerencia extraña en los problemas nacionales o de ingerencia religiosa en los problemas políticos, pero el ejemplo y las razones del Papa sirven para mostrar que esos problemas no son meramente políticos sino estrictamente morales y éticos; son problemas, si se quiere no religiosos, pero que, sin embargo, tienen que ver estrictamente con la salvación cristiana, con la fe cristiana, a la que pertenece intrínseca e indisolublemente la promoción de la justicia y el rechazo de todo cuanto deshumaniza al hombre. De ahí que la Iglesia salvadoreña no podrá descuidar ni por un momento su ministerio ético y político de reconciliación; si lo descuidara o relegara a segundo plano estará faltando gravemente a su misión y al mandato del Papa. La Iglesia de El Salvador debe ponerse de lleno a trabajar en la solución de la crisis del país, mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora y de un modo distinto. De lo contrario no hubiera sido necesaria esta palabra tan apremiante y tan nueva del Papa.

2. La definición del conflicto salvadoreño

Hasta ahora se han dado dos explicaciones fundamentales de la raíz profunda del conflicto salvadoreño: la que ve en él el resultado de una confrontación Este-Oeste y el efecto de una indoctrinación marxista de la que no sería ajena la propia Iglesia; otra la que ve en él el resultado de una secular y opresora injusticia social. Pues bien, el Papa zanja esta cuestión de modo terminante: "me doy perfectamente



cuenta de que las discordias y las divisiones que turban todavía vuestro País y causan conflictos y violencias, encuentran su raíz verdadera y profunda en las situaciones de injusticia social". El Papa toma partido aquí y se enfrenta con quienes mantienen la tesis contraria. La política norteamericana y la del Alto Mando, la política de la derecha salvadoreña, se fundamenta en la idea de que la raíz de los males de El Salvador está en el comunismo y la subversión internacional, "la subversión y terrorismo marxista-leninista", que dicen ser el principal enemigo del país y el principal causante de nuestros males. No es una cuestión puramente teórica; es una cuestión fundamentalmente práctica. Si ~~ésta~~ la raíz principal y profunda de nuestros males es la ~~injusticia~~ injusticia social unos son los culpables y unos son los remedios; si la raíz principal y profunda es la subversión comunista otros son los culpables y otros son los remedios. Ni vale escaparse diciendo que tanto la injusticia social como la subversión son los causantes, porque hay que determinar muy precisamente cuál es la causa y cuál el efecto.

El Papa sigue adelante en su diagnóstico. Se ha buscado resolver el mal profundo de El Salvador con "la metodología de la violencia que ha llevado a una guerra fratricida". El Papa no habla sin más de violencia, habla específicamente de guerra, a la que califica de fratricida, en vez de civil, en razón de su inspiración ético-cristiana. No hace distinción entre los bandos contendientes; no alude a un ejército nacional frente al cual se hubiera levantado un grupo de guerrilleros. Pero, si desde el punto de vista de la guerra misma no hace distinción, sí la hace expresamente del espíritu y del modo como cada uno de los bandos conduce la guerra. En un lado sitúa el Papa "a cuantos consideran la lucha armada como un instrumento ~~o~~ necesarios para ~~el xaxaxia xaxaxia~~ conseguir un nuevo orden social", donde implícitamente alaba el objetivo -conseguir un nuevo orden social- y su actitud pues ven la lucha armada como "instrumento necesario" para una causa justa. En el otro lado sitúa el Papa a "cuantos recurren a los principios de la 'seguridad nacional' para legitimar



represiones brutales", donde expresamente condena la ideología que les anima -la seguridad nacional- y los métodos empleados -las represiones brutales-. Los de este lado son la Fuerza Armada, sus asesores norteamericanos; los del lado contrario son el FMLN. Es claro que el Papa considera que en el momento actual ambas posiciones no son racionales ni menos cristianas, pero su consideración y valoración es distinta en un caso y en otro, con lo cual el abandono de la violencia y del modo de la violencia por un y otro bando quedan en distinta gradación.

En otro párrafo habla el Papa de estos dos bandos en conflicto, cuando se refiere a "hermanos que empuñan las armas, movidos por intereses contrarios y guiados por ideologías que sacrifican las aspiraciones fundamentales de la persona humana". Aquí sí hay una mayor equiparación. El principio fundamental de la equiparación es la fraternidad de los que están luchando, lo cual hace que la guerra sea fratricida; no se hace juicio, sin embargo, sobre la valoración de los intereses contrarios, lo cual ya se había hecho antes cuando de un lado se ponía un nuevo orden social y del otro la seguridad nacional; sí se hace juicio sobre las ideologías que pueden darse en ambos bandos en cuanto sacrifican aspiraciones fundamentales de la persona humana. Sin embargo, es de resaltar que el Papa no ha tenido empacho en hablar de la ideología de la seguridad nacional y, no obstante, ha tenido un gran cuidado de nombrar la ideología marxista, precisamente para que no se desvíe la fuerza de su argumentación con el socorrido expediente de facilitar cualquier acción represiva en nombre del anti-comunismo.

Un tercer elemento del diagnóstico, junto al de la injusticia social como raíz profunda y al de la guerra fratricida, es el de la necesidad objetiva de una paz justa como anhelo del pueblo salvadoreño por una pronta y justa solución. Es lo que el Papa considera "las profundas aspiraciones de vuestro pueblo, deseoso desde hace tiempo de ver convertidos en realidad los genuinos conceptos de libertad, de dignidad de la persona humana, de justicia social"; un pueblo "sediento de verdad

y justicia", un pueblo lleno de sufrimientos causados por la injusticia social secular, afudizados por la guerra y extremados por las "represiones brutales". El Papa se pone del lado del pueblo y se pregunta qué desea el pueblo, qué busca, qué es bueno para el pueblo, especialmente para el pueblo que sufre. Es un pueblo que quiere la paz, pero que antes y más quiere la libertad, la dignidad, la justicia social. Hay que responder a las profundas aspiraciones del pueblo, porque de lo contrario la paz será imposible o será una falsa paz.

Desde este diagnóstico objetivo, veraz y valiente el Papa propone un llamado a la reconciliación y a la paz, porque si se parte de un diagnóstico falso o desfigurado no es posible encontrar el camino de la pacificación. Se ha buscado la paz por las armas, por la aniquilación del adversario, por el terror contra el pueblo. Son caminos ~~falsos por que~~ equivocados porque parten de diagnósticos falsos, de intereses espúreos y de ideologías que no tienen en cuenta plenamente todas las dimensiones de la persona humana. ¿Cómo debe entenderse entonces la reconciliación y la paz?

3. La búsqueda de la paz y de la reconciliación

"Esta palabra quiere ser sobre todo una reiterada llamada a la paz y a la reconciliación", dice el Papa. Pero, ¿de qué paz se trata? Es una paz que "debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia, debe ser animada por el amor, debe hacerse en la libertad".

Verdad, justicia, libertad, amor. Sin ellas no hay paz. La paz que muchos propician para El Salvador en nombre de la democracia y de las elecciones no tiene nada que ver con estos cuatro elementos esenciales: se desinforma grave y sistemáticamente al pueblo sobre la realidad de los acontecimientos a través de los medios de comunicación, pero sobre todo a través de ~~los~~ los comunicados oficiales, especialmente los de ~~los~~ COPREFA y los de los Cuerpos de Seguridad; se propi-



cia toda suerte de injusticias represivas en las llamadas burdamente campañas de pacificación con asesinatos de población civil y con brutales represiones; no es el amor sino el egotismo y el propio interés lo que prevalece en las decisiones políticas y en el planteamiento de soluciones; no hay libertad alguna para los que disienten y para los que se oponen al régimen establecido. También por el lado contrario pueden verse faltas contra la verdad, la justicia, la libertad y el amor, aunque en forma y grado muy diverso. En las palabras del Papa no hay, por tanto, sólo una condena de quienes hablan de paz mientras hacen la guerra, de los que quieren más la guerra que la paz, porque no quieren la justicia, la libertad, la verdad y el amor; hay también la presentación de un ideal, el ideal que necesita y busca el pueblo, que desea ver convertidos en realidad "los genuinos conceptos de libertad, de dignidad de la persona humana, de justicia social".

De ahí que carezca de sentido proponer como legítima una fórmula de pacificación sólo porque se invoque el nombre de la paz. No se puede ir a la paz, dice el Papa con "renuncia a la debida justicia o a la defensa de los pobres y de los marginados; ni se puede alcanzar la paz con "intentos de pseudojusticia". Una paz con menoscabo de la defensa de los pobres y de los marginados ni es paz verdadera ni es paz cristiana. Los pobres siguen necesitando de defensa eficaz de sus vidas y de sus derechos y la Iglesia está obligada a tomar sobre sus hombros la causa de los pobres, por muchos problemas que esto le acaree. Hay que buscar la paz, pero la paz verdadera, la paz que resuelva los problemas nacionales. Hay que buscar la paz por el camino de la reconciliación, que exige esfuerzos de las dos partes en conflicto y no sólo de una de ellas por el hecho de que esté en la oposición. Hay que trabajar por la paz que lleve "a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y de los valores de cada sociedad civil".

Cuando, por consiguiente, el Papa rechaza la violencia no está por eso propiciando el pacifismo, que impide al violentado defenderse de su violentador; el pa-



cifismo que se consigue con el terror, la muerte y la desaparición de todo aquel que se atreve a disentir. Ni pacifismo, ni violencia. ¿Qué entonces? Paz verdadera.

4. Los caminos de la paz

"Esa reconciliación, por tanto, debe realizarse a todos los niveles y, ante todo, entre hermanos que empuñan las armas, movidos por intereses contrarios y guiados por ideologías que sacrifican las aspiraciones fundamentales de la persona humana. Para unos y para otros, condición indispensable de la reconciliación es el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas...". Es una de las afirmaciones más graves y comprometidas del Papa. El Papa está proponiendo que los dos bandos abandonen el uso de las armas y lleguen a un cese de hostilidades. Hay dos grupos que empuñan las armas, cada uno de ellos con sus propios intereses y con su propia ideología: la Fuerza Armada, la Empresa Privada, Estados Unidos -que suministra las armas y apoya la solución militar-, por un lado y, por el otro, el FMLN, a quien apoya el FDR y que tiene también sus aliados en el extranjero. No hay tres grupos armados: la extrema derecha, la extrema izquierda y un centro que sería el poder estatal. Fundamentalmente sólo hay dos grupos en armas: los que ven en la lucha armada un instrumento necesario para conseguir un nuevo orden social y los que amparados en los principios de la seguridad nacional también empuñan las armas y, además, cometen brutales represiones. A estos dos grupos, dentro de los cuales hay diferencias y matices, les pide el Papa "el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas". No le pide a un grupo u a otro que entregue las armas, al menos hasta que se dé la garantía segura de que nadie será objeto de represalia o de venganza y hasta que se dé también la seguridad de que se están dando pasos hacia la verdadera paz, tal como la paz ha sido descrita por el Papa.



Ahora bien no se ve posible este cese de hostilidades y esta renuncia al uso de las armas sin alguna forma de diálogo, de pacto y negociación. El Papa no lo

dice expresamente, pero sí habla explícitamente de "aunar esfuerzos e iniciativas que aseguren al País una vitalidad ~~ordenada~~ renovada y un progreso ordenado". Pero no hay modo racional y cristiano de aunar esfuerzos e iniciativas, si no se llega a alguna forma de diálogo entre las partes involucradas en el conflicto. En este punto el Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador (cfr. Documentación) viene a complementar con una propuesta práctica lo que el Papa no ha dicho explícitamente: "por eso mismo exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero, claro, leal, animado de buena voluntad y de un espíritu de auténtico patriotismo, poniendo por encima de los intereses particulares o de grupo, la unión de la familia salvadoreña".. Hoy nos encontramos con que una de las partes en conflicto, el FDR-FMLN está dispuesta al diálogo, está dispuesta al cese de hostilidades y al cese en el uso de las armas. La otra parte no lo está; ignora el derecho que asiste a sus contrarios y no les ofrece otra alternativa que la rendición o la continuación de la guerra, porque unas elecciones sin diálogo previo y sin concertación previa de las condiciones que las hagan realmente democráticas no es alternativa. El FDR-FMLN quiere negociación para terminar lo más pronto posible con la guerra y esto mismo lo quieren un número cada vez mayor de naciones democráticas, de instituciones democráticas, de analistas políticos. También lo quieren el Papa, los Obispos salvadoreños, gran parte de la Iglesia. Es la otra parte involucrada en el conflicto la que no lo quiere, porque aunque habla de pacificación no habla del cese en el uso de las armas ni habla de aunar esfuerzos con sus contrarios principales; es la otra parte la que no quiere renunciar a la metodología de la violencia, la que piensa que en breve tiempo puede llegar a la aniquilación física de su adversario, la que no hace caso del creciente clamor internacional en favor de una salida dialogada y aceptada por quienes son las fuerzas principales en el conflicto, la que en vez de ello está regionalizando el conflicto y amenazando con la presencia de los marines norteamericanos en Centroamérica.



El Papa, en cambio, clama por la reconciliación, una reconciliación de los áni-

mos, pero también una reconciliación socio-política. Ya el 20 de Octubre de 1980 en otro mensaje a la Conferencia episcopal de El Salvador, Juan Pablo II pedía que se restableciera "un clima de mayor disponibilidad a la creación de un diálogo" que permitiera la búsqueda común como medio para restablecer un orden social más equitativo. Este diálogo no ha sido posible hasta ahora más que entre las distintas fuerzas componentes de cada uno de los grupos, pero no lo ha sido de un grupo con el otro, a pesar de que hoy se dan condiciones objetivas para ello y ofertas ~~serias~~ serias de emprenderlo por una de las partes.

A este diálogo reconciliador no se va por debilidad o por vileza. Hay quienes consideran antipatriótico y sacrílego ponerse al habla con quienes el lenguaje oficial tilda de subversivos y terroristas; hay quienes creen que sólo cuando un grupo se siente débil propone el diálogo y la negociación.; hay quienes no muy seguros de su causa y de su razón tienen miedo a enfrentar una situación en la que perderían intereses injustos; hay quienes desconfían de que por el camino de la negociación se logre una verdadera solución, que ~~sería~~ supondría renuncia de intereses injustos en unos pero también de ideales justos en otros. Todo ello lleva a la conclusión de que hay de proponerse una reconciliación que sea "fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos". Quizás esto disuene a pragmatistas políticos, quizá pueda ser tildado de moralismo. Pero el Papa tiene que hablar también en estos términos, tiene que contar con hombres de carne y hueso, tiene que evangelizar. No hay duda, por otra parte, de que el conflicto salvadoreño ha deshumanizado a muchos dirigentes políticos y militares, que no sólo se han corrompido a sí mismos sino que han involucrado en la corrupción a muchas personas bajo su mando; una deshumanización que, como dice el Papa en varias referencias a la situación de El Salvador, pasa por el desprecio a la vida ajena, pasa por la mentira, el asesinato y la tortura como medios naturales para conseguir fines e intereses ~~incon~~ fesables.



El Papa propone, pues, "métodos de paz" en lugar de "métodos de violencia",

porque, después de largos meses de lucha y de guerra, la metodología de la violencia desplegada hasta ahora ya no encuentra justificación racional y menos cristiana. El Papa ve en las nuevas perspectivas institucionales algo que pudiera permitir un avance en el camino de la paz, no porque los dados pasos hasta ahora hayan hecho más cercana la paz. No puede pasarse por alto que las palabras del Papa han sido escritas y publicadas cuatro meses y medio después de las elecciones. El Papa ha visto que las elecciones en sí mismas no han traído progresos a la paz; de ahí que esté proponiendo medidas mucho más radicales y nuevas que las de las elecciones, lo mismo que han hecho también los Obispos salvadoreños. Puede pensarse entonces que las nuevas perspectivas institucionales pueden favorecer el cese de las hostilidades y del uso de las armas por la vía del diálogo y de la negociación.

Hay caminos abiertos para la paz y la reconciliación, según el Papa. Está, ante todo, el cese de toda hostilidad y la renuncia al uso de las armas, lo cual incluye el freno a la lucha armada y, sobre todo, a las represiones brutales; está, en segundo lugar, la "garantía segura de que nadie será objeto de represalia o de venganza"; está, en tercer lugar, el intento de aunar esfuerzos e iniciativas que aseguren al País una vitalidad renovada y un progreso ordenado; está, en cuarto lugar, el trabajo por la reconciliación en el ámbito de la familia, en el ámbito eclesial y también en el ámbito del trabajo "donde con tanta frecuencia se agudizan los problemas humanos que atormentan a la comunidad nacional"; está, en quinto lugar, la palabra y la acción de la Iglesia, constituida en una sólida fuerza moral en favor de la fraternidad y de la solidaridad, en favor de los derechos humanos y de la identidad moral y cultural de una nación cristiana. Estos serían algunos de los caminos de la paz, si es que son emprendidos con la firme convicción de que la raíz de todos los males salvadoreños es la injusticia social y de que no hay paz verdadera, sino responde a los dictados de la verdad, de la justicia social, de la libertad y del amor. Es posible la paz dice el Papa, es urgente la paz, pero los métodos emprendidos para alcanzarla no han sido los adecuados o no son ya los adecuados. Hay que cambiarlos, hay que sustituir la metodología de la violencia por



la metodología de la paz; hay que sacar de la responsabilidad de las soluciones a los militares y ~~axx~~ sus métodos para ~~xxx~~ ponerlas en manos del pueblo y de la sociedad civil.

5. La respuesta al llamado del Papa

Al Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador llamando al diálogo entre las partes involucradas en el conflicto respondió pronta y explícitamente el FDR. Por su parte el FMLN ha reiterado su disposición al diálogo y la negociación sin condiciones previas. Pero el diálogo y el acercamiento no son aceptados todavía por la parte contraria, instalada en el poder. ¿Qué harán ambas partes ante el apremiante llamado del Papa?

En un primer momento es difícil pensar que la alianza Estados Unidos-Fuerza Armada-Empresa Privada-Partidos políticos vaya a recibir con entusiasmo la propuesta papal. Los medios de comunicación social que responden a los intereses fundamentales de ese grupo de fuerzas apenas si han hecho eco de las palabras del Papa. No las han atacado hasta ahora, cosa que hicieron con violencia cuando la propuesta franco-mexicana, que en su contenido era más suave. El silencio podría tomarse a buena parte, como que se hubiera abierto un compás concertado de reflexión, pues un silencio de este tipo sobre un tema tan candente no se consigue sin una consigna generalizada. El propio semanario de la arquidiócesis pasó a páginas interiores el texto y el comentario.. Es cierto que lo que el Papa pide y dice no coincide ni de lejos con lo que es el sentir y el actuar general de las fuerzas que detentan el poder económico, militar y político. Estas fuerzas dan por supuesto que su posición es razonable y justa, que tienen la legalidad de su parte, sobre todo tras las elecciones del 28 de Marzo. Es difícil que estas fuerzas acepten que la raíz verdadera y profunda del mal nacional sea la injusticia social, que muchos de esos grupos han propiciado, tolerado o no sabido remediar; es difícil que acepten el que se les ponga en el mismo plano que el otro grupo; es difícil que acepten el cese de hostilidades y el cese en el uso de las armas, cuando lo que están pidiendo es más ~~armas~~



y más medios para acabar con lo que ellos llaman la violencia de la subversión; es difícil que se hagan cargo y pongan freno a las brutales represiones, que son elemento importante de su proyecto de triunfo militar. Y, sin embargo, podrían ponerse a pensar que el Papa no es comunista precisamente, que el Papa ha reflexionado mucho sobre la situación de El Salvador, que el Papa se ha situado objetivamente de parte de los sufrimientos de la nación y también de la paz regional y aun mundial.

Más matizada pudiera ser la respuesta del FDR-FMLN. El FDR puede acpetar el mensaje papal con mayor complacencia que el mensaje episcopal. En aquel se definen con mayor claridad cuáles son las partes involucradas en el conflicto, de quién es la responsabilidad de la guerra y de las brutales represiones, cuáles son en concreto los caminos de solución. También el FMLN pudiera aceptarlo como ayuda en la vía de la negociación, pues aunque el Papa rechaza la lucha armada en la actual coyuntura salvadoreña, reconoce la existencia del FMLN y su derecho a participar en la pacificación y reconciliación del país. Desde luego al FMLN puede complacerle la severidad con que el documento pontificio juzga a sus adversarios y el respeto que en él se aprecia de las posiciones revolucionarias, que en ningún momento son tildadas de subversivas o terroristas, ni siquiera de marxistas-leninistas. Ha habido un avance notable en la posición oficial de la Iglesia y el FMLN haría mal en no tenerlo en cuenta. Tal vez al FMLN no le parezcan del todo acpetables las alusiones a las nuevas perspectivas institucionales y a la posible interpretación a la renuncia en el uso de las armas, como si esta invitación se refiriera única o principalmente a ellos. Pero no hay razón objetiva para pensar que el Papa esté poniendo toda su confianza en los nuevos mecanismos electorales, si es que no termina antes la guerra por el camino de la reconciliación, por la conjunción de esfuerzos en la que participen todos los que hoy están enfrentados. Harían bien el FDR y el FMLN en decir públicamente y en tomar medidas prácticas que comprobaran su disposición al diálogo y a la negociación.

Queda el amplio espectro de ciudadanos y fuerzas sociales, que sin contar con



un inmediato poder determinante, representan la mayoría de la población. Muchos de ellos podrán abrir los ojos a la realidad, desfigurada por la propaganda de los medios de comunicación y podrán distinguir las apariencias de la realidad; muchos de ellos podrán animarse a presionar a favor del camino elegido por el Papa como el más conveniente para que el país deje atrás la noche oscura del conflicto y entre por el camino de la reconciliación en una nueva etapa de reconstrucción. Hombres de buena voluntad y que no tengan ya tomada una opción política pueden sentirse animados a luchar por la paz, pero no mediante la guerra y la destrucción sino mediante el consenso y la negociación. Es menester que un número cada vez mayor de ciudadanos y de organizaciones presionen sobre los poderes públicos para que no se muestren intransigentes al diálogo, para que no pongan toda su confianza en las armas destructoras provenientes de Estados Unidos, para que pongan el problema y la responsabilidad de él donde están y no en fantasmas antojadizos, para que creen un clima nuevo de convivencia.

Es en todo esto donde la Iglesia debe esforzarse con nueva ilusión y con prácticas nuevas. Las palabras del Papa van dirigidas directamente a la Iglesia a través de los Obispos y son ellos con el resto de la Iglesia los que deben hacer efectivas y eficaces las palabras del Papa. No basta con lo que la Iglesia ha hecho hasta ahora. Después de la exhortación papal debe hacerse algo nuevo. Hay que mover las parroquias, las comunidades de base, los colegios católicos, las distintas organizaciones pastorales, los medios de comunicación eclesiales; hay que hacer un plan conjunto para resolver este problema que pastoral y políticamente es ~~tan profundo~~ el problema más urgente y grave de El Salvador y también de la Iglesia en la trágica coyuntura actual. El Papa pide a los Obispos que ofrezcan a los fieles con todo fervor y entusiasmo las enseñanzas de la doctrina social de la Iglesia, les pide que se muevan por una viva solicitud hacia los sufrimientos de la nación, que unidos como propicien un renovado impulso en esta actividad pastoral ~~que~~ "una respuesta adecuada a las exigencias del momento actual"; que se dediquen al ministerio de la



reconciliación a través de la palabra y de la acción como "ministros y testigos de la obra de reconciliación en la perspectiva del ideal evangélico de la caridad"; que propicien la esperanza. La Iglesia de El Salvador, las Iglesias hermanas de Centroamérica y de Venezuela, la Iglesia de Estados Unidos deben apoyarse en estas nuevas palabras del Papa para relanzar sus esfuerzos en favor de la reconciliación, del diálogo y de la negociación. No basta con la reconciliación de los actuales partidos en el poder. La reconciliación verdadera y profunda ha de ser entre quienes son las partes fundamentales del conflicto y esto no es posible más que convirtiendo el diálogo de la muerte y destrucción en diálogo de concesiones y transigencias, que permitan caminar hacia una salida, que en el momento actual y por los caminos actuales no se ve como posible.

Es difícil pedirle al Papa más de lo que ha dicho. Sus palabras suponen el enorme dolor del pueblo salvadoreño, la compasión por los miles de asesinados, desaparecidos y desterrados; de lo contrario no se explica que hubiera tomado posiciones tan audaces y explícitas sobre el problema humano y político de los salvadoreños. Su palabra, como espada de dos filos, se va a convertir para diferenciar a quienes quieren la paz por medios pacíficos y la que la buscan por medios violentos. Ninguna de las dos partes puede abandonar por sí sola ~~ninguna~~ el uso de las armas, mucho menos el tenerlas a la mano. Ese abandono no puede venir sino como resultado de una negociación satisfactoria para ambas partes. No caben ilusiones pacifistas en este punto, dado lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo en El Salvador. Ahora podremos ver quién da el primer paso serio en favor de la paz por la vía de la negociación. El Papa ya lo ha dado, los Obispos de El Salvador también. Otros muchos deben hacerlo. No conviene desaprovechar la oportunidad que ofrecen el FDR y el FMLN. Toca esperar a ver qué hacen sus oponentes. Toca luchar porque la paz venga pronto sobre El Salvador a pesar de las enormes dificultades que hay para ello. No perdamos la esperanza de que la paz es posible.



19-Agosto-1982